

HARRIS, W. H. (ed.) (2008): *The Monetary Systems of the Greeks and Romans*. Oxford University Press. ISBN: 978-0-19-923335-9.

Trabajo que recopila más de una docena de aportaciones relativas a la amonedación griega y romana centrando el interés en el proceso de conformación de ambos sistemas monetarios. Los contribuyentes de este volumen no son sólo numismatas sino también economistas e historiadores de la Antigüedad que investigan sobre cuál fue el proceso mediante el que se establecieron y cómo evolucionaron ambos sistemas monetarios. Se ofrecen desde distintas perspectivas respuestas a cuestiones como cuál es el significado que tiene la moneda en la tragedia griega, cómo realizaban entre griegos y romanos los pagos a pequeña y/o a gran escala, o si llegó a existir en el imperio romano lo que podríamos definir como “sistema económico integrado”. Este volumen ofrece una introducción a esas cuestiones pero también presenta el resultado de las investigaciones de distintos especialistas por lo que documenta aspectos muy concretos.

La primera contribución, de J. H. Kroll (pp. 12-37), se centra en la utilización de lingotes de plata y oro como moneda en Grecia y argumenta que los habitantes de ciertas ciudades, tanto en el mundo griego oriental como en el occidental, hicieron uso de la plata al peso tanto antes como después de la introducción de la amonedación. Aunque en numerosas ocasiones la existencia de un ajustado sistema monetario determinaba que la moneda de curso legal fuera exclusivamente la acuñación local, en los centros de comercio internacional, en los grandes espacios sin regular entre las distintas *poleis* y presumiblemente en aquellas que no acuñaron o que no contaron con legislación concreta sobre la moneda de curso legal, cualquier tipo de metal precioso pudo ser negociable continuando con la tradición previa a la propia amonedación. Ello justifica en cierta medida los raros ocultamientos de moneda griega arcaica y la presencia de depósitos mixtos –lingotes y monedas– de plata en tierra griega. Será esa familiaridad de los griegos con las negociaciones en plata y el abundante stock de este metal lo que, sumado a las ventajas prácticas que conllevaba la amonedación, explica la rápida aceptación y propagación de las series griegas arcaicas que se tradujo en una eficacia transaccional.

En este capítulo D. M. Schaps (pp. 38-48) se centra sobre el significado de la amonedación en la Grecia antigua partiendo del hecho básico de que

la economía está inserta y ajustada al sistema social. Por ello las relaciones económicas están manejadas por la inflación y la deflación, por la redistribución de la riqueza fruto de los negocios, por la integración de los mercados y por los créditos. Sin embargo, todos estos factores nunca fueron dominantes en la organización de la economía griega y por ello su papel fue secundario y mucho más modesto que el que le atribuimos actualmente. Schaps comienza subrayando el hecho de que, según la documentación arqueológica, los griegos arcaicos no desarrollaron, como otras sociedades, útiles simplificados que fueran fabricados específicamente para uso monetario. Considera que es necesario tener en consideración la distinción entre lo que denomina “special-purpose money” y “all-purpose money”, es decir, hay que valorar la existencia de dos sistemas monetarios diferentes según las funciones que la sociedad les atribuya. Desde el momento en que los griegos comienzan a utilizar “special-purpose money” la lista de artículos que se usaban para almacenar riqueza o como valores de referencia se restringe notablemente.

El panorama de Grecia se completa con la aportación de R. Seaford (pp. 49-65) sobre el rápido y generalizado proceso de monetización sufrido por las *poleis* griegas durante el s. VI a.C. Se ha sugerido que esta monetización constituyó un factor crucial en la génesis y en las inquietudes tanto de la filosofía presocrática como de la tragedia griega. En este capítulo se vincula la monetización de Atenas con el desarrollo de las fiestas ciudadanas, bajo el gobierno de los tiranos, y más adelante se relaciona con el contenido de la tragedia que llega a convertirse en un festival de la polis ateniense.

Todas las tragedias existentes derivan de la democracia, un periodo en que Atenas expresó su rechazo a los tiranos en numerosos sentidos. Las tres características de los tiranos que aparecen en los textos históricos y filosóficos son frecuentes en la tragedia griega: la preocupación por el dinero, el asesinato de los parientes y el abuso del ritual... La génesis de la tragedia y de las representaciones trágicas de la tiranía está influenciada por las condiciones de la representación (actuación) coral inherente el s. VI a.C. a la monetización del culto. Lo más importante es lo que distingue la tragedia de todos los géneros previos y es que imita una secuencia de distintos rituales –himno, ofrenda, súplica, casamiento, lamentación y *propemptikon*–. Esa secuenciación es mucho más distintiva de lo que nos parece ya que todo conspira para evocar en la memoria de la audiencia los mismos

rituales representados en la vida real... El abuso del ritual en la tragedia griega deriva del horror comunal hacia el control abusivo de los rituales por los tiranos. Pero es que ese mismo control de los tiranos se paraleliza con la imitación secuencial que emerge de la representación del propio ritual. Así, forma y contenido coinciden.

E. E. Cohen (pp. 66-83) analiza el sistema de abastecimiento monetario en Atenas durante el s. IV a.C. y defiende que fue un hecho sorprendentemente elástico, frente a la interpretación tradicional de M. I. Finley, aceptada de forma dogmática hasta fechas recientes, que propugnaba su rigidez a causa de la ausencia de un sistema monetario fiduciario y de instituciones de crédito. En esta contribución el autor demuestra que en la Atenas clásica el aprovisionamiento de moneda pudo ser y fue sustancialmente incrementado a través de dos vías: la provisión de crédito por los comerciantes y la creación de bancos, con cuentas y depósitos no monetarios entre otros mecanismos. En un primer apartado se discuten tópicos como la conceptualización de “dinero” y de “abastecimiento monetario”, para luego pasar a examinar la generación de deudas relacionadas con los créditos a partir de las transacciones y la generación de bancos relacionados con el crédito monetario. Las evidencias disponibles dejan claro que los banqueros atenienses, a través de las *trapezai*, garantizaron los pagos de fondos en lugares remotos mediante distintos sistemas para impedir la pérdida de efectivo así como para permitir a sus clientes sortear los peligros e inconvenientes inherentes al transporte de grandes cantidades de moneda de plata y oro.

A continuación J. G. Manning centra su interés en la evolución económica y legal del uso de moneda en el Egipto ptolemaico en relación con el desarrollo de las estructuras gubernamentales (pp. 84-111). Parte de la base de que en todo proceso de monetización el poder económico del Estado –demanda de impuestos en moneda y pagos a los bancos estatales– es un elemento crucial y analiza la documentación escrita y arqueológica de este periodo. El sector agrícola, que entonces era arrolladoramente más amplio, se mantuvo dentro del sistema tradicional de economía no monetizada. Pero en los sectores urbanos el proceso de monetización bajo los Ptolomeos sigue de cerca la evolución de las instituciones estatales. Sin embargo, esta dicotomía entre las actividades económicas de las élites –burócratas, militares y sacerdotes– y el mundo rural no llega a diferenciar el patrón de actuación entre griegos y no griegos sino que

existen diferencias regionales. Sin olvidar que la ausencia de plata en el territorio egipcio fue un serio inconveniente que retrasó el uso de la moneda como unidad de cuenta, resulta obligado reconocer que el caso ptolemaico constituye un ejemplo más de la acuñación como símbolo público de soberanía política pero además supuso un notable cambio institucional en la historia económica de Egipto.

D. B. Hollander analiza la demanda de moneda a finales de la etapa romanorrepublicana (pp. 112-136) y comienza con una revisión del debate sobre las dimensiones del abastecimiento monetario para pasar después a debatir sobre la teoría de la demanda de moneda y el papel que la teoría cuantitativa ha jugado en la interpretación de esas estimaciones. Finalmente concluye aplicando la teoría de la demanda de numerario a las evidencias tardorrepublicanas. Generalmente asumimos que la demanda de moneda es equiparable al suministro pero tendemos a olvidar que las distintas profesiones o actividades conllevan diferentes necesidades económicas, por ello resulta necesario matizar los factores en las fórmulas de cálculo y comparar cuidadosamente sus resultados con la evolución de los precios. Sólo así será posible evaluar correctamente las consecuencias derivadas de los cambios en los volúmenes de acuñación.

En el siguiente capítulo D. Kessler y P. Temin examinan el papel de la moneda como un estándar de valor en los comienzos del periodo imperial (pp. 137-159). Se argumenta, a partir de un examen de los precios del trigo, que existió una integración monetaria unificada a través de todo el Mediterráneo. Esto no significa que todo el Imperio contó con el abastecimiento adecuado de moneda romana sino que se usó en todo el territorio imperial un único patrón monetario para valorar las actividades económicas. El resultado fue la creación de una única área de circulación similar a la actual zona euro. Ello supuso la reducción de costes en el comercio a larga distancia y permitió la emergencia de un mercado único para el trigo que podemos verificar a través de los precios supervivientes. La novedad de este trabajo está en la utilización del numerario como un patrón de valor y en el enfoque desde este ángulo del proceso de monetización de los inicios del imperio. Parece que para esta etapa se puede defender que la monetización supuso el uso de medidas virtualmente universales.

E. Lo Cascio analiza la función de la amonedación de oro en el imperio romano (pp. 160-173) partiendo de la constatación de Duncan-Jones de que su pérdida de peso es sensiblemente menor

que la de la moneda de plata. En este capítulo el autor trata de examinar las consecuencias de la creación de emisiones regulares de oro, vinculadas a los otros componentes del sistema monetario romano mediante una *ratio* fijada, y de reconstruir el proceso de creación que desembocó en el colapso del sistema monetario en el s. III dando paso a un nuevo esquema basado en la utilización regular del sólido y sus fracciones. Al valorar la proporción de áureos recuperados se observa que su stock fue sumamente importante en la etapa altoimperial y ello obliga a plantear cuestiones como cuáles pudieron ser las razones que motivaron una elevada monetización y especialmente una elevada producción de moneda de oro. Lo Cascio desarrolla tres posibilidades para justificar ese creciente papel: la alta proporción de monetización, una muy baja velocidad de circulación de los áureos ya que debieron actuar como reserva de valor y una producción superior a la estimada tradicionalmente. Tras buscar argumentos a favor y en contra de estos factores propone como justificación una combinación de los tres ya que, aisladamente, ninguno parece realmente convincente.

La aportación de W. V. Harris sobre la naturaleza del dinero en el mundo romano (pp. 174-207) completa en gran medida el séptimo capítulo de este libro en el que D. Kessler y P. Temin (*cf. supra*) tratan sobre la función de la moneda como unidad de cuenta. Comienza revisando algunas cuestiones que precisan explicación como, por ejemplo, las diversas posibilidades en estas fechas de formalizar pagos de emergencia o de grandes sumas en zonas fronterizas o simplemente alejadas que pasan por el uso de lingotes de metales preciosos o de la concesión de créditos. Continúa con unas breves consideraciones sobre la naturaleza del dinero que no podemos limitar a un simple medio de intercambio. Tras analizar los diferentes medios sociales en los que el recurso a los créditos es algo habitual nos conduce a valorar la utilización de otros tipos de dinero y *quasi* dinero. Después de reconocer toda una serie de posibles objeciones a sus propuestas Harris finaliza con una visión global de los avances logrados durante el s. III d.C. En resumen, no resulta posible definir la evolución económica de las distintas etapas del periodo imperial basándonos exclusivamente en las fluctuaciones sufridas por los niveles de abastecimiento monetario, ya que las transacciones económicas se ven complementadas desde antiguo por otras formas que aportaron notables cantidades de dinero.

En el siguiente capítulo (pp. 208-225) J. Andreau examina la monetización de las ciudades del área vesubiana durante la fase altoimperial. Concretamente los hallazgos numismáticos en Pompeya han sido objeto de varias publicaciones, de corte muy variado, pero aquí se parte de un reciente artículo de Duncan-Jones donde la cifra de material estudiado se acrece notablemente respecto a los trabajos anteriores; además se incluyen los hallazgos de Herculano y Stabia y todo ese bloque se compara con otros yacimientos romanos tanto de dentro como de fuera de la península itálica. La evidencia de las ciudades vesubianas muestra que, ya en esas fechas *ante* 79, el numerario circulante constituyó un importante medio para formalizar los pagos pero es obligado reconocer la importancia que aún tienen los metales preciosos, así como la joyería y vajillas de plata; esto queda claramente documentado por la presencia de epígrafes en tales objetos mencionando su peso y que vienen a confirmar el testimonio de algunos textos en los que se menciona el uso de *aurum/argentum infectum* (lingotes), *factum* (joyas, vajillas, etc.) y *signatum* (monedas). A ello hay que añadir el papel desempeñado en las ciudades por los bancos, banqueros y cuentas.

De gran interés es el capítulo de P. van Minnen (pp. 226-241) que, partiendo de la documentación de los papiros, intenta trazar el desarrollo de la economía egipcia en fechas romanas. Reconoce que un problema fundamental es que los papirologos no hayan digerido la información que en este sentido podrían extraer los historiadores económicos. Es cierto que existen grandes vacíos e incluso disparidades en estos documentos pero su interpretación permite hacer suposiciones sobre la evolución de la economía egipcia durante el periodo romano. En un primer apartado analiza cuestiones generales relativas a la moneda, los precios y la inflación, para luego centrarse en aspectos concretos de la agricultura y las tasas y finalmente abordar el tema de las inversiones. Se argumenta que la economía agraria se fue monetizando de forma paulatina pero constante desde el s. I hasta fines del s. III; es tras la fuerte inflación del 275 cuando se observa una significativa reducción del numerario en circulación que será seguida por una gradual re-monetización tras la introducción del sólido en el s. IV.

En este capítulo C. Katsari (pp. 242-266) examina la monetización de la economía en las provincias fronterizas romanas de los Balcanes, Asia Menor y Siria. Uno de los debates más intensos se

ha venido centrandose en el diferente proceso de monetización que parecen mostrar los yacimientos urbanos y los rurales. Sin embargo hoy hemos podido constatar que los patrones se dibujan en función del carácter del yacimiento y del poder de las diversas fuerzas económicas, ya que en muchas áreas rurales, donde las transacciones continúan realizándose mediante el trueque, una parte significativa de las actividades económicas se complementaba mediante los pagos en metálico. Tras una primera revisión del material numismático la autora valora el impacto significativo del ejército en el proceso de urbanización y en el de monetización. Una valoración de los hallazgos le permite observar que éstos son más abundantes en los yacimientos urbanos que en los establecimientos propiamente militares. No sé hasta qué punto es posible asimilar la circulación de las ciudades-fortaleza al resto de los asentamientos urbanos y diferenciarla de los militares; sería necesario quizás proponer respuestas a cuestiones concretas antes de defender esta hipótesis. No obstante, creo que ésta es una primera e interesante aproximación a un tema sumamente complejo donde intervienen factores abundantes y difíciles de valorar.

A continuación W. Scheidel (pp. 267-286) presenta la divergente evolución de la amoneda en dos puntos opuestos del continente euroasiático: en el Egeo greco-lidio, a fines del s. VII a.C. y en la Gran Llanura de China dos centurias

después. El numerario de tipo egeo presenta unas características formales y técnicas –forma redondeada, iconografía variada, uso de diferentes metales y normalmente acuñadas– que paulatinamente se irán expandiendo hasta lograr la unificación monetaria en época romana. La amoneda china constituye un excepción, suelen ser fundidas y presentan un orificio central cuadrado, suelen ser de bronce o de hierro mientras que los valores de oro y plata circularon en forma de lingotes y generalmente carecen de tipos salvo unas pocas letras. El autor presenta algunas observaciones preliminares sobre las probables causas de este proceso que se concentran en circunstancias específicas históricamente y que condicionaron el desarrollo de ambos tipos de numerario.

La obra se cierra con una espléndida recopilación bibliográfica, de gran utilidad, debido a su carácter conjunto. En pocas palabras, estamos ante un nuevo volumen de Oxford University Press en el que se recogen interesantes aportaciones, tanto a título individual como global, con atractivas propuestas sobre la evolución de los sistemas monetarios antiguos de Grecia y Roma, contemplados desde perspectivas diversas, que sin duda constituirán el punto de partida de futuras investigaciones.

*Cruces Blázquez Cerrato*